

LOS BOMBONES NO SON SIEMPRE BOMBONES

Por *Moeita Burch*

FEDERICO estaba en el patio jugando con su sapo. Le divertía tanto verlo saltar, que comenzó a levantarle alrededor un corralito de piedras para ver cómo lo saltaba. En eso la mamá lo llamó.

"Oh, yo no quisiera ir ahora. Todavía no terminé el corralito. Quería hacer las paredes más altas", pensó Federico y recogió otras seis piedrecitas.

-¡Federico! -llamó nuevamente la mamá.

Cuando ella usaba ese nombre así completo, Fredy -como solía llamarlo su madre comúnmente-, sabía que debía moverse, y rápido. De modo que colocó a su sapo entre las flores y corrió a la casa.

-Fredy -dijo la madre cuando él entró-. Quiero que lleves esta medicina a la Sra. Nogales. Ella acaba de llamarme por teléfono. Guillermito está enfermo.

La madre le pasó un sobre y añadió:

-Ten cuidado, no lo pierdas. Vuelve a casa inmediatamente. Hoy no podrás jugar con Guillermo.

-Muy bien, mamá -dijo Federico y tomando la medicina, salió rumbo a la casa de la Sra. Nogales.

"¿Qué clase de medicina será ésta?", pensó. El sobre no estaba cerrado, de modo que lo abrió y miró adentro. Allí había algo en vuelto en un papel plateado. El sacó ese "algo" envuelto en el brillante papel que estaba en el sobre y rasgó un pedacito de ese papel.

"¡Pero si es chocolate! -dijo en voz alta-. ¡Cuadraditos de chocolate!" Federico frunció el ceño. "A mi no me dan chocolate cuando estoy enfermo. Los enfermos no deben comer golosinas". Quebró entonces un pedacito de uno, y se lo metió en la boca. "¡Mmm! ¡Qué rico!" Y antes de darse cuenta se comió otro pedazo.

El segundo pedazo no tardó en desaparecer de su boca. Federico siguió retirando el papel plateado. Todavía no iba a la escuela pero podía contar. Quedaban siete pedazos.

"Guillermo no debe comer tantos dulces -pensó-. Se va a enfermar más".

De modo que quebró tres cuadraditos más y se los comió rápidamente. "Qué sabroso es esto. Mamá cometió una equivocación -pensó-. Dijo que esto era una medicina. Debe haber tomado el paquete equivocado. Tal vez estos dulces eran una sorpresa que tenía para mí".

Federico miró los cuatro pedacitos que quedaban.

"Ahora me comeré mi sorpresa -dijo para sí-. Le compraré unos chokolatines a Guillermo cuando se mejore".

Los últimos cuatro pedacitos fueron a parar a la boca de Federico. Ya había llegado cerca de la casa de Guillermo, pero ahora no tenía ninguna razón para detenerse allí. Se sentó sobre un palo. No se sentía bien. Comprendía que había procedido mal, pero trató de excusarse diciendo: "Yo evité que Guillermo se enfermara más".



De pronto se acordó de su sapo, saltó y corrió a la casa. Cuando la mamá lo vio le preguntó:

-¿Cómo está Guillermo?

-Yo no sé -dijo Federico-. Yo no lo vi -añadió rápidamente.

Cuando la mamá llamó a Federico para cenar, éste no quiso comer.

-No me siento bien -dijo. Me duele el estómago.

Y entonces comenzó a llorar.

-¿Has comido entre comidas? -le preguntó la mamá-. ¿Te has servido alguna galletita?

-¡Noooooo! -sollozó Federico.

El estómago realmente le dolía.

-¿Y que pasa entonces? -preguntó la mamá-. Debes haber comido algo, Federico. Piensa bien.

-¡Oh! -exclamó Federico-. Sólo los chocolates.

-¿Qué chocolates? -preguntó la mamá-. ¿De dónde sacaste chocolates?

-Tú dijiste que eran para Guillermo. Los enfermos no pueden comer golosinas de modo que yo me los comí.

-¿Todos? -preguntó la mamá, boquiabierta. Federico asintió con un movimiento de cabeza.

-Con razón que te duele el estómago. Te comiste toda la medicina de Guillermo.

-Parecían bombones. Y tenían el mismo gusto de bombones. ¡Oh!... -y Federico lloró de nuevo.

-Yo pensé que podía confiar en ti -dijo tristemente la mamá.

-Lo siento -sollozó Federico.

-Y lo sentirás mucho más. Esto debe enseñarte una lección -explicó la madre.

A Federico le dolía el estómago cada vez más. ¡Cuánto anhelaba entonces no haber comido la medicina que parecía una golosina!

Cuando finalmente se mejoró, se propuso que de ese momento en adelante siempre haría exactamente lo que se le pedía.